

AÑO XI

ATHENEA

Nº 7

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

COMITE DE REDACCION:

JUSTO A. FACIO

• • ROGELIO SOTELA

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

DE RIMAS SERENAS (1)

Santo es pensar. El pensamiento crea
en el hondo gestar de su mutismo
y hace que el alma resurgida sea
como una flor de luz sobre un abismo.

Santo es creer. La fe que hay en la idea
pondrá en el corazón noble idealismo
y al hombre inquieto le dirá que vea,
que no hallará la paz sino en él mismo!

Sabio es también reír. Reír... es cierto,
pero como Jesús lloró en el huerto
santo es llorar en el dolor intenso

y estar sobre las almas difundido,
como sobre el altar está el incienso
en una quieta plenitud de olvido...!

Rogelio Sotela

(1) RIMAS SERENAS corresponde a una sección de versos del libro que prepara el autor para mayo de este año.

Costa Rica

La República de Costa Rica es la más meridional de Centro América. Hállase situada al Norte del Istmo de Panamá y al Sur de Nicaragua, entre los Océanos Atlántico y Pacífico.

Por la estrechez de su territorio puede considerarse a Costa Rica como un istmo que se ensancha gradualmente de Sur a Norte. Mide en los confines de Chiriquí y del Istmo de Panamá 40 millas de ancho y en la frontera de Nicaragua 120 millas.

Desde el nivel del mar hacia el interior el terreno se eleva poco a poco hasta llegar en las cumbres del interior a una altura de 3,500 metros; mas interrumpida esta ascensión por numerosos ramales de las cordilleras, que forman aquí valles profundos y abrasados por el sol, y allá frescas y magníficas altiplanicies pobladas de riquísima vegetación y regadas por innumerables ríos.

La altiplanicie o meseta central parece suspendida como una azotea a más de 1,000 metros de altura.

Es aquí donde se ha concentrado la población; aquí donde los conquistadores españoles fijaron el asiento de su gobierno, en un valle tan bello y tan feraz como el de Atrisco en México, cerca de la cima divisoria de las aguas, que en el cuello de Ochomogo se separan, yendo unas al Atlántico y otras al Pacífico.

Esta población, al decir de los más conocidos viajeros y geógrafos, es una de las más laboriosas y progresivas de América.

Eliseo Reclus dice que «se ha fundido mejor en cuerpo de nación, y que sus progresos no han sido interrumpidos por las guerras extranjeras ni las disensiones civiles», y la presenta como «la República modelo de la América Central; una de las más prósperas bajo el punto de vista material, no gracias a sus minas, como su nombre parece indicarlo, sino a sus producciones agrícolas»

El carácter moral del pueblo no es menos digno de elogio. Carl Schérzer, sabio austriaco que viajó en el país por cuenta de la Academia de las Ciencias de Viena, alaba el respeto de los costarricenses a la propiedad y a las personas, y dice que una niña podría atravesar sola e indefensa el país de un extremo a otro, ceñida de una diadema de piedras preciosas, sin que nadie osara molestarla.

Heillwald, Polakówsky, Bates, repiten lo mismo en otras palabras; elogian la cortesía de los habitantes, entre los cuales, gracias a la circunstancia de que casi todos son propietarios, aunque no sea más que de una hectárea de terreno bien cultivado, no existe ni el pauperismo ni la mendicidad.

En cuanto al clima, Anthony Trollope lo considera como uno de los más deliciosos de la tierra. Sin los excesos de calor de la India Oriental o de las Antillas, el europeo conserva su aptitud para el trabajo, y la vegetación aun parece más vigorosa y fecunda que en aquellos países.

Eliseo Reclus dice: «El clima de Costa Rica es uno de los más salubres de la América Central para el indígena y para el colono extranjero. Estos deben temer principalmente los reumatismos, a causa de la extremada humedad del aire; pero adaptando sus hábitos al clima, evitarán graves enfermedades. Deben utilizarse las mañanas para el trabajo al aire libre y el paseo, porque, aun durante la estación de las lluvias, las primeras horas del día son siempre secas, claras, admirables por el esplendor de las flores y la frescura de la vegetación».

Su territorio, situado entre los 8° y 11° 15' de latitud Norte y los 81° 35' y 85° 58' de longitud Oeste de Greenwich, mide 61,994 kilómetros cuadrados, con 800 kilómetros de costas sobre ambos mares, bordados de golfos magníficos, como los de Nicoya y Golfo Dulce, Salinas

y Culebra en el Pacífico, y como la Bahía del Almirante y la de San Juan, en el Golfo de Colón, en el Atlántico, siendo sus principales puertos comerciales el de Puntarenas en el Golfo de Nicoya, y el de Limón sobre el Atlántico.

Entre sus montañas descuellan los volcanes del Irazú y de Turrialba, el Pico Blanco, el Ujumbé y el Róvalo, de 2,500 a 3,500 metros de altura sobre el nivel del mar.

Deliciosos y abundantes ríos corren por las entrelazadas gargantas de las cordilleras, entre los cuales son navegables o se distinguen por su rico y fertilizante caudal el San Juan, común y limítrofe de Nicaragua, el Colorado, el Reventazón, el Matina, el Tarire o Sixola, el Tilorio, el Guaymí o Cricamola, que vierten sus aguas en el Atlántico; el Tempisque, el río Grande, el



Don Manuel María de Oterola
Ministro de Costa Rica en París

Pirris y el Terraba, que desaguan en el Pacífico; y el río Frío, el Pocosol, el San Carlos, el Sarapiquí, afluentes del San Juan, el famoso desaguadero del Lago de Nicaragua.

Divídese la República en cinco provincias: SAN JOSÉ, centro y capital del país. CARTAGO, HEREDIA, ALAJUELA y GUANACASTE, y dos comarcas, LIMÓN sobre el Atlántico, y PUNTARENAS sobre el Pacífico, cuyas cabeceras son los puertos del mismo nombre, situados a distancia de 105 millas en línea recta uno de otro, sobre el 10° paralelo de latitud boreal.

En las inmediaciones de este mismo paralelo y del 84° meridiano occidental de Greenwich, se hallan también las cuatro ciudades del centro.

Quédanle al país inmensos territorios por poblar al Norte y al Sur, donde precisamente residen todavía los últimos restos de población indígena, cuya decadencia se acerca a la extinción total, a pesar de cuantos esfuerzos ha hecho el Estado por mejorar su suerte.

Los GUATUSOS habitan el territorio bañado por el gran lago de Nicaragua y el río San Juan, y viven miserablemente de la caza y de la pesca, y de unos pocos plantíos de maíz y de plátanos, en los confines septentrionales de las provincias del Guanacaste y Alajuela.

Los Viceitas, Cabécares, Tiribíes o Terrabas del Norte, Chánguenes, Guaymíes, etc., llamados comunmente Talamancas, y los Terrabas y Borucas o Bruncas ocupan las vertientes del Atlántico y del Pacífico en toda la región limítrofe por Chiriquí con la República de Colombia. Fuera de estos indígenas, que no alcanzan a veinte mil, apenas si quedan restos de las razas precolombi-

nas hacia el interior, en los pueblos de Orosi, Quircot, Tobosi, Cot y Tucurrique, de Cartago; en Pacaca y Aserrí, de San José; en Barba, de Heredia y en otros pocos lugares.

Estos residuos de las razas aborígenes no conservan casi tradición de sus antepasados, y en las artes e industrias de éstos han llegado a una degradación e ignorancia casi absolutas.

Las lenguas que aun hablan los de Talamanca y Boruca son dialectos del antiguo terraba del Norte y del boruca o brunca al Sur, conexiónados acaso con la lengua de Cueva. El Guatuso, al Noroeste, refiérese quizá al *Corobicí*, de que habla Oviedo, y que efectivamente era el idioma de las gentes que habitaban al Norte del Golfo de Niyá las cabeceras del río de las Piedras, hacia las sierras de Tilarán y el volcán Tenorio.

Estos dialectos, los descubrimientos arqueológicos hechos de algunos años a esta parte y que constituyen las ricas colecciones mencionadas en el catálogo razonado de los objetos enviados por Costa Rica a la Exposición Histórico-Americana verificada en Madrid en 1892, o que se conservan en el Museo Nacional de San José, en el de Washington y en diversos museos de Europa, con otros atentos estudios antropológicos, son hilos que más o menos tarde nos han de guiar a través de este laberinto.

Valiosísimo concurso nos ha prestado ya y continuará prestando aún el Archivo de Indias de Sevilla, en donde se custodian los más preciados tesoros de la tradición escrita, y en donde nacionales y extranjeros han desentrañado crónicas y documentos que renuevan por completo lo que hasta hace treinta años se llamaba la Historia de América.

Manuel M. de Peralta

SECCION CIENTIFICA

Cultura mental ⁽¹⁾

(Concluye)

Esos centros de asociación emiten ramificaciones que se dirigen hacia los otros centros de proyección y se terminan por arborizaciones libres; ellos les llevan incitaciones diversas, que suscitan la actividad, sea de elementos motores o bien ejercen sobre ellos una acción inhibitoria, es decir, de detención que impide responder a las excitaciones venidas del exterior. El hombre prudente tiene muchas ramificaciones de esos centros de asociación y se

(1)—Ya dijimos al comenzar la publicación de este interesante trabajo, leído por el profesor doctor don Francisco Cordero ante los años superiores del Liceo de Costa Rica cuánto agradece ATHENEÆ que se le haya confiado a sus páginas. Y sólo ha sentido verdaderamente no haber logrado insertar el cuadro expositivo que acompaña a la conferencia por la limitación de nuestro espacio.

retiene de hacer manifestaciones violentas como respuestas a un insulto por ese poder de detención o inhibitor.

Estos centros de asociación, son en realidad los verdaderos centros de la inteligencia, los órganos donde está localizado el misterio del pensamiento.

Hay tres centros de asociación o esferas intelectuales: uno anterior, otro medio y otro posterior. El 1º o frontal está situado en la parte anterior del lóbulo frontal y es allí donde Flechning localiza la conciencia de la personalidad. (*El yo consciente*).

Los centros de proyección cuya función es presidir los diferentes actos de la vida animal existen en todos los mamíferos, pero los centros de asociación o intelectuales no existen en todos ellos. Por ejemplo, los roedores no tienen centros de asociación; sus diferentes centros de proyección se ponen en contacto por sus bordes y así ocupan toda la extensión de la corteza cerebral.

Ya en los carnívoros encontramos centros de asociación, pero poco desarrollados; éstos adquieren más importancia en el cerebro de los monos.

En el hombre es donde se encuentran en mayor amplitud de desarrollo, los centros de asociación; habiendo grandes diferencias individuales, en relación directa con el grado de inteligencia de cada cual. Pero esos centros de asociación son susceptibles de mayor desarrollo por medio del ejercicio mental; el hombre instruido ha creado nuevos centros de asociación que le dan mayor amplitud intelectual, más facilidad de comprensión, de asociación de ideas y de expresión clara y concisa.

Pero para eso es necesario un esfuerzo, una dedicación al estudio decidida. No os debéis desconsolar por la dificultad de aprender que se encuentra al principio; con tenacidad, con constancia y empeño se llegará a mejorar indiscutiblemente la intelectualidad, mediante el desarrollo de nuevos centros de asociación.

Un hecho intensamente demostrado en fisiología es que las fibras nerviosas, para que sean capaces de conducir las impresiones, necesitan no solamente el cilindro eje-central, sino también estar protegidas por una capa de grasa fosfórea, llamada mielina; y el desarrollo de la mielina se efectúa mucho antes en los centros de proyección que en los de asociación. Así por ejemplo al nacer el niño sus centros de proyección aun no han terminado de rodearse de mielina y se termina ese trabajo un mes después del nacimiento. Pero en esta época los centros de asociación, es decir, los de la intelectualidad propiamente dicha, no tienen sino fibras cilindro-axiales sin mielina y por consiguiente ineptos al funcionamiento y por eso vemos que el recién nacido no difiere, desde el punto de vista funcional, a un mamífero inferior que carece de los centros de asociación.

El cerebro del niño recibe las sensaciones táctiles y reacciona por movimientos apropiados que serán actos reflejos de origen cordical; pero tales sensaciones permanecen en estado bruto, por decirlo así; pues ellos no son comparados, ni sufren ningún análisis, ni quedan impresas en el recuerdo, es decir, que van a la corteza cerebral y están allí mientras dura la impresión periférica solamente sin dejar vestigios. Este trabajo de elaboración psíquica de las diferentes sensaciones que llegan a las esferas sensoriales es obra de los centros superiores que encierran nuestros centros de asociación.

Las fibras que pertenecen propiamente a las esferas intelectuales no se rodean de su vaina de mielina sino después del tercer mes de la vida. El depósito de mielina alrededor de los cilindros-ejes se efectúa lentamente,

sucesivamente, a medida que la inteligencia se despierta y desarrolla. Las conexiones entre los centros de proyección y de asociación al principio simples y poco numerosas, se multiplican poco a poco y se hacen más complejas. En una palabra, el aparato se perfecciona a medida que la función adquiere importancia conforme a la fórmula bien conocida que la función hace el órgano.

Conociendo este hecho fisiológico debemos aprovecharlo para perfeccionar nuestra mentalidad por medio del cultivo. Calculad la importancia práctica de estos hechos que nos explican el por qué muchos que en cierta época se manifestaban torpes, han llegado a adquirir tal desarrollo intelectual que han podido descollar y figurar a la vanguardia de los hombres útiles a la sociedad y a la Nación.

Los otros dos atributos de la mente son el sentimiento y la voluntad. Y no podría dejar de citar siquiera la importancia que tienen estos dos atributos al desarrollarse la cultura mental.

La educación de los sentimientos nobles, sin exageraciones peligrosas, son indispensables en una persona verdaderamente culta y de hombría de bien; al impulso de nobles sentimientos se debe desarrollar el talento y la inteligencia, es decir, el entendimiento de que os he hablado.

Deben desecharse, o por lo menos moderarse, las pasiones que torturan el corazón, que tuercen el criterio y que perturban el juicio. La política cuando se apodera de las masas y las apasiona, tiene efectos terribles; cambia a las personas, las más inofensivas se vuelven agresivas. El amor, cuando toma desarrollo pasional, hace perder el criterio independiente, anula el discernimiento y se pierde la personalidad. ¡El enamorado no razona! Por eso pinta al los del amor con una venda sobre los ojos. Los celos, como torturan el corazón humano, y que violentas reacciones son capaces de producir, son fuente de intranquilidad, de desgracia y a menudo son causa de crímenes pasionales.

Todas esas pasiones deben moderarse, se deben desechar como malsanas; en cambio los afectos tiernos, el amor de madre, de esposa, de hijos, la fraternidad, el amor al prójimo, deben fomentarse.

La caridad. ¡Cuánto bien hace el cultivarla! ¡qué satisfacción experimenta el que sabe y tiene el hábito de su práctica! Pero para eso debe cultivarse con paciencia, lentamente, esmeradamente, como delicada planta que más tarde esparcirá el bálsamo suave para embeleso del que la cultiva.

La voluntad. Se debe tener presente que todo sentimiento con tintes de exageración es perjudicial y que a menudo está en oposición al desarrollo de la voluntad.

Esta es la parte ejecutiva, nada se podrá obtener sin ella.

Procurad desarrollarla, haced esfuerzos por ser hombres de voluntad firme y conseguiréis mejorar las otras manifestaciones del espíritu.

Querer es poder

Al principio el dominio de sí mismo se dificulta mucho, un esfuerzo superior es necesario; pero a medida que se ejecuta la acción objeto de nuestro propósito, el esfuerzo disminuye, las dificultades desaparecen y el hábito sustituye ventajosamente al esfuerzo: *¡tal es el triunfo de la voluntad!*

retiene de hacer manifestaciones violentas como respuestas a un insulto por ese poder de detención o inhibitor.

Estos centros de asociación, son en realidad los verdaderos centros de la inteligencia, los órganos donde está localizado el misterio del pensamiento.

Hay tres centros de asociación o esferas intelectuales: uno anterior, otro medio y otro posterior. El 1º o frontal está situado en la parte anterior del lóbulo frontal y es allí donde Flechning localiza la conciencia de la personalidad. (*El yo consciente*).

Los centros de proyección cuya función es presidir los diferentes actos de la vida animal existen en todos los mamíferos, pero los centros de asociación o intelectuales no existen en todos ellos. Por ejemplo, los roedores no tienen centros de asociación; sus diferentes centros de proyección se ponen en contacto por sus bordes y así ocupan toda la extensión de la corteza cerebral.

Ya en los carnívoros encontramos centros de asociación, pero poco desarrollados; éstos adquieren más importancia en el cerebro de los monos.

En el hombre es donde se encuentran en mayor amplitud de desarrollo, los centros de asociación; habiendo grandes diferencias individuales, en relación directa con el grado de inteligencia de cada cual. Pero esos centros de asociación son susceptibles de mayor desarrollo por medio del ejercicio mental; el hombre instruido ha creado nuevos centros de asociación que le dan mayor amplitud intelectual, más facilidad de comprensión, de asociación de ideas y de expresión clara y concisa.

Pero para eso es necesario un esfuerzo, una dedicación al estudio decidida. No os debéis desconsolar por la dificultad de aprender que se encuentra al principio; con tenacidad, con constancia y empeño se llegará a mejorar indiscutiblemente la intelectualidad, mediante el desarrollo de nuevos centros de asociación.

Un hecho intensamente demostrado en fisiología es que las fibras nerviosas, para que sean capaces de conducir las impresiones, necesitan no solamente el cilindro eje-central, sino también estar protegidas por una capa de grasa fosfórea, llamada mielina; y el desarrollo de la mielina se efectúa mucho antes en los centros de proyección que en los de asociación. Así por ejemplo al nacer el niño sus centros de proyección aun no han terminado de rodearse de mielina y se termina ese trabajo un mes después del nacimiento. Pero en esta época los centros de asociación, es decir, los de la intelectualidad propiamente dicha, no tienen sino fibras cilindro-oxiales sin mielina y por consiguiente ineptos al funcionamiento y por eso vemos que el recién nacido no difiere, desde el punto de vista funcional, a un mamífero inferior que carece de los centros de asociación.

El cerebro del niño recibe las sensaciones táctiles y reacciona por movimientos apropiados que serán actos reflejos de origen cordical; pero tales sensaciones permanecen en estado bruto, por decirlo así; pues ellos no son comparados, ni sufren ningún análisis, ni quedan impresas en el recuerdo, es decir, que van a la corteza cerebral y están allí mientras dura la impresión periférica solamente sin dejar vestigios. Este trabajo de elaboración psíquica de las diferentes sensaciones que llegan a las esferas sensoriales es obra de los centros superiores que encierran nuestros centros de asociación.

Las fibras que pertenecen propiamente a las esferas intelectuales no se rodean de su vaina de mielina sino después del tercer mes de la vida. El depósito de mielina alrededor de los cilindros-ejes se efectúa lentamente,

sucesivamente, a medida que la inteligencia se despierta y desarrolla. Las conexiones entre los centros de proyección y de asociación al principio simples y poco numerosas, se multiplican poco a poco y se hacen más complejas. En una palabra, el aparato se perfecciona a medida que la función adquiere importancia conforme a la fórmula bien conocida que la función hace el órgano.

Conociendo este hecho fisiológico debemos aprovecharlo para perfeccionar nuestra mentalidad por medio del cultivo. Calculad la importancia práctica de estos hechos que nos explican el por qué muchos que en cierta época se manifestaban torpes, han llegado a adquirir tal desarrollo intelectual que han podido descollar y figurar a la vanguardia de los hombres útiles a la sociedad y a la Nación.

Los otros dos atributos de la mente son el sentimiento y la voluntad. Y no podría dejar de citar siquiera la importancia que tienen estos dos atributos al desarrollarse la cultura mental.

La educación de los sentimientos nobles, sin exageraciones peligrosas, son indispensables en una persona verdaderamente culta y de hombría de bien; al impulso de nobles sentimientos se debe desarrollar el talento y la inteligencia, es decir, el entendimiento de que os he hablado.

Deben desecharse, o por lo menos moderarse, las pasiones que torturan el corazón, que tuercen el criterio y que perturban el juicio. La política cuando se apodera de las masas y las apasiona, tiene efectos terribles; cambia a las personas, las más inofensivas se vuelven agresivas. El amor, cuando toma desarrollo pasional, hace perder el criterio independiente, anula el discernimiento y se pierde la personalidad. ¡El enamorado no razona! Por eso pinta al los del amor con una venda sobre los ojos. Los celos, como torturan el corazón humano, y que violentas reacciones son capaces de producir, son fuente de intranquilidad, de desgracia y a menudo son causa de crímenes pasionales.

Todas esas pasiones deben moderarse, se deben desechar como malsanas; en cambio los afectos tiernos, el amor de madre, de esposa, de hijos, la fraternidad, el amor al prójimo, deben fomentarse.

La caridad. ¡Cuánto bien hace el cultivarla! ¡qué satisfacción experimenta el que sabe y tiene el hábito de su práctica! Pero para eso debe cultivarse con paciencia, lentamente, esmeradamente, como delicada planta que más tarde esparcirá el bálsamo suave para embeleso del que la cultiva.

La voluntad. Se debe tener presente que todo sentimiento con tintes de exageración es perjudicial y que a menudo está en oposición al desarrollo de la voluntad.

Esta es la parte ejecutiva, nada se podrá obtener sin ella.

Procurad desarrollarla, haced esfuerzos por ser hombres de voluntad firme y conseguiréis mejorar las otras manifestaciones del espíritu.

Querer es poder

Al principio el dominio de sí mismo se dificulta mucho, un esfuerzo superior es necesario; pero a medida que se ejecuta la acción objeto de nuestro propósito, el esfuerzo disminuye, las dificultades desaparecen y el hábito sustituye ventajosamente al esfuerzo: *¡tal es el triunfo de la voluntad!*

Meditad seriamente sobre estas frases, para que el esfuerzo que hoy hacen los profesores en vuestro beneficio, encuentren el eco necesario en vuestra mente y dediquéis vuestras juveniles energías en el sagrado deber del estudio, fuente de sabiduría, de cultura mental y de perfeccionamiento moral.

Dr. Franco. Cordero

San José, 7 de setiembre de 1917.

Claros de luna

Para Rogelio Sotela

Sobre el fondo borroso del paisaje
destrenza el aire giros irreales
y hay un vago murmurio de oleaje
en la genuflexión de los trigales.

Los retazos de lumbre entre el ramaje
finge copos de luna que se enreda
y hay caricias de amor en el bosqueje
y susurros de beso en la arboleda...

Adentro en el salón se queja el piano
bajo la magia errante de tu mano
que es una realidad de porcelana,

y vuela como enjambre de gaviotas
la orquestación sonora de las notas
en la blanca ilusión del pentagrama...!

* * *

Afuera en el jardín, en la fortuna
de la quietud serena, surgió un broche
de luz... (pasó romántica la luna
como la Blanca Bruja de la Noche).

Se acercó lentamente a los ramajes
como para escuchar la serenata,
ató el murmullo de los cortinajes
con una cinta de bruñida plata,

tremuló suavemente en la cornisa,
y poniendo el temblor de una sonrisa
sobre los labios de un retrato viejo,

llegó—como en los cuentos de las hadas—
a dejar en tus manos enjoyadas
la pálida caricia de un reflejo...

Con un lento volar de golondrinas
sobre la blanca ondulación del piano
la piedad de tus manos nacarinas
le hacen temblar como un amor lejano.

Sobre un viejo jarrón de porcelana
se desmayan de amor dos margaritas,
y se abre sobre el muro la ventana
hacia las lejanías infinitas...

No importa que en las sedas del ramaje
nos atisbe la luna... que el bosque
susurre... y que haya pájaros que troven!

Nuestras dos almas en un loco exceso
sellarán su tristeza con un beso
en el Claro de Luna de Bethoven...!

Andrés Lery

Limón.—Costa Rica, 1917

Uno, dos, tres....

El tren salía de Berlín. Iba lleno de mujeres y de niños: a duras penas se veía en él un hombre de aspecto fuerte.

En un carro un soldado del *Landsturm*, de cabellos grises, estaba sentado junto a una mujer, de cabellos blancos, débil y enferma.

Entre el ruido de las ruedas del carro los pasajeros oían a la anciana contar: *Uno, dos, tres*, como absorta en un pensamiento fijo. Y repetía las palabras a cortos intervalos: *Uno, dos, tres*.

Dos jovencitas sentadas cerca empezaron a reirse burlonamente, tapándose la boca, mientras cambiaban palabras tontas a propósito del cuento de la anciana. Un hombre, entrado en años, tal vez su padre, las reprendió en voz baja. Hubo un silencio.

Uno, dos, tres, volvió inconsciente a decir la anciana. Otra vez las niñas se rieron tapándose la boca. El viejo soldado del *Landsturm* se dirigió a ellas y les dijo con acento grave:

—Tal vez dejarán ustedes de reirse cuando sepan que esta pobre anciana es mi esposa. Acabamos de perder a nuestros tres hijos en las últimas batallas. Antes de seguir para el frente, llevo a mi mujer a un asilo de locas.

Y entonces hubo un silencio terrible en el carro.

Mari Boyle O'Reilly

A nuestros lectores

Ya dijimos en el número anterior el propósito que tenemos con nuestra revista y el esfuerzo que hace el Ateneo de Costa Rica para sostenerla. Hoy queremos insistir sobre eso y hacer ostensible la dificultad con que trabajamos en esta labor de cultura. Si se toma en cuenta que aquí son muy pocas las personas que tratan de ayudar una publicación de esta índole, se verá lo difícil, lo imposible de nuestra labor.

ATHENEAE puede en cualquier momento dejar de publicarse porque no hay con que pagar el papel que usamos. Y si se piensa que lo pagaríamos muy bien con lo que se recogiera en suscripciones, nos dará mucha pena ver que en Costa Rica no todos los que reciben con gusto una revista de esta clase pueden pagar la ínfima cantidad de cincuenta céntimos por dos números.

Y hoy queremos decir a nuestros lectores, no en una forma de ruego sino exigiéndoles, que es una labor de nacionalidad ésta en que debemos todos colaborar; que para sostener un poco la revista es preciso que se pague con regularidad la pequeña cantidad de cincuenta céntimos por cada dos números.

ATHENEAE quiere decir ésto antes de que desaparezca, para que se sepa porqué se consumió: por decidia, por frialdad, por indiferencia. Bien es cierto que hay un grupo generoso de hombres a quienes ATHENEAE tiene muy presentes para hacerles el homenaje de su simpatía, pero la mayoría escatiman y rehuyen todo contingente.

ATHENEAE pide cualquier sacrificio a los hijos del país para lograr su mantenimiento pues se hará más así por la cultura nacional que con tantas vocinglerías patriotas y se acercará más hondamente nuestra patria a las demás naciones y haremos una labor más eficaz que con tratados diplomáticos y enviados especiales.

Pero eso sí, ha de ser una labor conjunta la que emprendamos; que todos tengamos el mismo cariño y el mismo anhelo por la publicación. Con alguna voluntad tendremos en Costa Rica un vocero internacional que lleve a los demás países y a los demás hombres del mundo, el sentir y el pensar de nuestra hermosa tierra, dotada como pocas de privilegios maravillosos.

ATHENEAE quiere tomar la bandera y sólo pide el concurso de los amigos; que se tenga cariño por la revista y que se traten en ella cuantos asuntos de interés nacional se crean necesarios, que se trate de estimularla en todas las formas posibles y que se procure su mantenimiento, siquiera sea con la modesta contribución de cincuenta céntimos. Así lo esperamos nosotros confiados y así lo espera también el país que bien lo necesita!

Juegos florales de Colombia

1917

Díscurso del Mantenedor, Doctor Guillermo Valencia

Excelentísimo señor, señoras, señores:

Los que sabéis la generosidad munífica de esta ciudad metrópoli y habéis tenido la fortuna de admirar muchas veces el gesto de gentil delicadeza con que las altas clases gustan de exteriorizar sus tesoros jamás exhaustos de hospitalidad, no os sorprenderéis ahora viéndome a mí, por la gracia de un grupo de nobilísimas damas, asombrarme bajo el sitial que en años muy remotos estaba reservado a los verdaderos maestros del Gay Saber. De ellos tenéis vosotros insignes y clarísimos, que más de una vez cruzaron ante vuestras miradas, ostentando la regia púrpura de sus cláusulas opulentas que a estilo de aquellos mantos constelados de pedrería en que se mostraban ceñidos los antiguos emires, dejaron en las muchedumbres un indefinible sentimiento de simpatía, de admiración y de respeto. Y de qué otra manera pudiese presentarse nunca mantenedor alguno—y como tal afortunado—para alternar con damas de una Corte de Honor que, como la que está delante obligando mis respetos, parece aquí llamada, en selección afectiva, desde aquellas logias áulicas que fijaron para la eternidad los milagrosos pinceles de españoles y de venecianos!

Un poco más de cuatro siglos nos aleja del día en que Clemencia Isaura vinculaba en los Juegos Florales su adhesión fervorosa a la Poesía, elevando hasta el trono del ideal el encendido amor de su pecho por el mancebo amado que perdió la vida combatiendo. Y ese dolor profundo y cruel, denso

al principio y opaco cual un vapor de lluvia, pasó al través de un alma de cristal y tomando la policromía del iris, trazó en el borroso fondo de los tiempos idos la curva gigantesca de aquel divino arco de poesía que enmarca luminosamente la figura casi mística de la Minerva provenzal.

Esos eran días cargados de promesas en que pugnaba la vida por sacudir el terrífico sayo cubierto de cenizas que enantes la envolviera. El

gallo del Renacimiento invocaba clamorosamente a Erasmo, en su clarín matinal. Era el momento de efusión maravillosa ante la Belleza triunfante, en que Vittoria Colonna transformaba también el llanto de sus ojos, vertido en larga vena por su gallardo compañero que cayó bajo el hierro sobre la campaña gloriosa, en miríficos collares de perlas—pues tanto valen sus sonetos—para rendirse luego, arrastrada de fascinación irresistible, a la grandeza extrahumana, hosca y ciclopea de Miguel Angel, cuyos musculosos dedos acostumbrados a modelar Profetas y Sibilas, Titanes y Dioses, fueron por el amor, suavísimamente aptos para sentir apagarse el postrer latido-cordial bajo la arteria azul de la patricia de Pescara.

Hoy el rito es el mismo,

aunque los oficientes han cambiado. No alienta ya Clemencia Isaura, pero la Reina del torneo no rinde ni avasalla menos que la musa gentil de Tolosa la antigua, ni la garrida Corte que la cerca—cual una guirnalda radiosa de gracia, de juventud y de belleza—impone menos aquí que las infantas linajudas del tiempo de don Juan II y don Enrique de Villena y, bien valen armiños y tules, las gasas impalpables, y las tónicas diáfanas, por aque-



Guillermo Valencia

(Último retrato del poeta)

llas dalmáticas rectangulares, imitadas de Bizancio; por aquellos mantos de brocado prendidos a los hombros con raros broches, al modo romano, y por aquellos paños prolijamente cubiertos con el peso de las guarniciones, que apenas si permitían admirar la gracia de unas mejillas frescas o la exquisita aristocracia de unas manos finas que pugnaban por asomarse tímidamente tras la caparazón de oro y argento.

Tampoco los felibres victoriosos de antaño esquivarían medirse con los que en esta noche recibirán las flores simbólicas que pregonan su triunfo, de mano de las Musas mismas, que tanto monta ser coronado aquí con el gajo de los vencedores!

De aquellos ilustres Consistorios a esta fiesta republicana no va más que una mutación de accidentes; lo esencial se conserva; el culto al arte puro, la idealización de un dolor humano, las flores rituales que nacieron entre las grietas de un corazón despedazado y las manos de Clemencia Isaura, de Vittoria Colonna y de la Reina de esta Corte de Honor que se buscan a través de las edades prófugas, y encontrándose, cierran círculo en torno de una lápida blanca en que va escrito el nombre de otra víctima caída a filo de espada, y bajo la vieja empresa que cifró el alma de los Juegos florales: *Patria, Fides, Amor*.

No acertaría a decirnos por qué ese nombre Patria suscita, a las veces, un sentimiento de ternura que no se armoniza bien con la procedencia etimológica del vocablo; Patria, tal vez debiera decirse. Desde que aparecemos, ella nos ocoge y sustenta en su tibio regazo, ella arrulla nuestros oídos con la dulcísima cantinela de sus glorias pasadas o acude a despertarnos con la voz imperiosa del deber vigilante; ella estimula nuestros esfuerzos diligentes; ella disculpa con amor el fracaso de nuestros empeños; ella nos corrige y conforta; ella nos absuelve y perdona; ella nos vacía el cofre de todos sus tesoros guardados, nos brinda con el oro de sus ríos, con la inagotable pedrería de sus filones, con la savia inexhausta de sus jugosos senos; ella tiene un asilo para nuestra vejez; ella en su libro, un renglón en donde escribir nuestros nombres. Y cuando ya rendidos de fatiga y los párpados cargados de sueño, doblemos la cabeza para no tornar a levantarla, ella nos conviende con un lecho: el más mullido, el más seguro, el más tranquilo de todos los lechos!... No consigo explicarme por qué este carácter, íntimamente maternal, del pedazo de tierra que nos ofrece también un gentilicio, que es otro a modo de apellido materno, pase como inadvertido de nuestra mente y nuestro corazón. *Libro de reyes* llamaron los antiguos a la historia; *Libro de ciudadanos* pudiéramos apellidar a las nuestras, pues hemos casi olvidado la labor de las madres en la complicada creación de nuestra nacionalidad. Todos pensamos en los próceres, y apenas si reservamos pocas li-

neas a las que les dieron el ser. Agotamos la investigación en cuanto se refiere a la existencia pública y privada de los héroes epónimos; sabemos qué formas ostentaron las hebillas en los zapatos de Virrey Amar y cuáles dibujos mostraba el abanico de su compañera, mas ignoramos invenciblemente, por vanidad o descuido, qué excelencias tuvieron las madres de los libertadores, qué virtudes domésticas, transmitidas por sus labios, contribuyeron a formar el carácter indomable de los hijos del pueblo, que vivieron, lucharon y murieron por Colombia la Grande. Dijérase que estadistas, héroes y tribunos de la Magna Epopeya aparecieron de improviso sobre el suelo patrio, caídos de lo alto a manera de arcángeles.

¿Qué monstruosa injusticia, qué abominable descuido nos trae así empeñados en la indefensible omisión? Los anales patrios son una biografía de sus grandes hombres, en los que sintéticamente va incluida ya la contribución maternal. Reacionemos asiduamente contra este bochornoso olvido, evocando siquiera a aquellas memorables damas que acompañaron a nuestros padres en sus luchas por la libertad, sin olvidar a la que diera la vida al último soldado de la República cuya glorificación fué confiada ya al monumento levantado a los héroes sin nombre.

Si meditamos un punto en lo que significó para esas almas femeninas la atroz zozobra de tan negros días; la inquietud incesante por la suerte reservada a quienes desconocía la fortuna; la agonía inacabable ante las rejas de los calabozos; las largas teorías de expatriados o el funeral cortejo de los que recibieron condenación de muerte, nos preguntaremos estupefactos: ¿en dónde está representado aquel padecer silencioso? ¿Qué está simbolizando aquella suma de dolor que precedió al nacimiento de la gentil Colombia? Ibáñez, Posada, Hispano, Lozano, Corrales, Cuervo, nobilísimos historiadores, y unos cuantos más que aquí me callo, están rescatando del olvido muchos nombres gloriosos de aquellas bíblicas mujeres cuya fortaleza y valentía pudiera ilustrar sin mengua las actas de los primitivos mártires. Ya es Manuela Beltrán, que en la insurrección de los comuneros exclama a voz en cuello, en la ciudad del Socorro, cuna de nuestra libertad: *¡Muera el mal Gobierno!* Desgarra ella y pisotea los edictos reales. Hija del pueblo, se sublima aún más que por su belleza singular, por haber sido la primera que dió al futuro la intocable fórmula: «Viva la libertad!»

En su salón congrega la aristocrática dama bogotana, doña Manuela Santamaría de Manrique, antes de 1810, a los patricios rebeldes en quienes ardía el sacro fuego. Eusebia Caicedo, Carmen Gaitán, Josefa Lizarralde, Andrea Ricaute, María Acuña, Joaquina Olaya, Melchora Nieto, Juana Robledo, Gabriela Barriga, Pretonila Lozano, impulsan y apoyan fervorosamente el movimiento

llas dalmáticas rectangulares, imitadas de Bizancio; por aquellos mantos de brocado prendidos a los hombros con raras broches, al modo romano, y por aquellos paños prolijamente cubiertos con el peso de las guarniciones, que apenas si permitían admirar la gracia de unas mejillas frescas o la exquisita aristocracia de unas manos finas que pugnaban por asomarse tímidamente tras la caparazón de oro y argento.

Tampoco los felibres victoriosos de antaño equivarían medirse con los que en esta noche recibirán las flores simbólicas que pregonan su triunfo, de mano de las Musas mismas, que tanto monta ser coronado aquí con el gajo de los vencedores!

De aquellos ilustres Consistorios a esta fiesta republicana no va más que una mutación de accidentes; lo esencial se conserva; el culto al arte puro, la idealización de un dolor humano, las flores rituales que nacieron entre las grietas de un corazón despedazado y las manos de Clemencia Isaura, de Vittoria Colonna y de la Reina de esta Corte de Honor que se buscan a través de las edades prófugas, y encontrándose, cierran círculo en torno de una lápida blanca en que va escrito el nombre de otra víctima caída a filo de espada, y bajo la vieja empresa que cifró el alma de los Juegos florales: *Patria, Fides, Amor*.

No acertaría a decirnos por qué ese nombre Patria suscita, a las veces, un sentimiento de ternura que no se armoniza bien con la procedencia etimológica del vocablo; *Matria*, tal vez debiera decirse. Desde que aparecemos, ella nos ocoge y suscita en su tibio regazo, ella arrulla nuestros oídos con la dulcísima cantinela de sus glorias pasadas o acude a despertarnos con la voz imperiosa del deber vigilante; ella estimula nuestros esfuerzos diligentes; ella disculpa con amor el fracaso de nuestros empeños; ella nos corrige y conforta; ella nos absuelve y perdona; ella nos vacía el cofre de todos sus tesoros guardados, nos brinda con el oro de sus ríos, con la inagotable pedrería de sus filones, con la savia inexhausta de sus jugosos senos; ella tiene un asilo para nuestra vejez; ella en su libro, un renglón en donde escribir nuestros nombres. Y cuando ya rendidos de fatiga y los párpados cargados de sueño, doblemos la cabeza para no tornar a levantarla, ella nos convoca con un lecho: el más mullido, el más seguro, el más tranquilo de todos los lechos! . . . No consigo explicarme por qué este carácter, íntimamente maternal, del pedazo de tierra que nos ofrece también un gentilicio, que es otro a modo de apellido materno, pase como inadvertido de nuestra mente y nuestro corazón. *Libro de reyes* llamaron los antiguos a la historia; *Libro de ciudadanos* pudiéramos apellidar a las nuestras, pues hemos casi olvidado la labor de las madres en la complicada creación de nuestra nacionalidad. Todos pensamos en los próceres, y apenas si reservamos pocas lí-

neas a las que les dieron el ser. Agotamos la investigación en cuanto se refiere a la existencia pública y privada de los héroes epónimos; sabemos qué formas ostentaron las hebillas en los zapatos de Virrey Amar y cuáles dibujos mostraba el abanico de su compañera, mas ignoramos invenciblemente, por vanidad o descuido, qué excelencias tuvieron las madres de los libertadores, qué virtudes domésticas, transmitidas por sus labios, contribuyeron a formar el carácter indomable de los hijos del pueblo, que vivieron, lucharon y murieron por Colombia la Grande. Dijérase que estadistas, héroes y tribunos de la Magna Epopeya aparecieron de improviso sobre el suelo patrio, caídos de lo alto a manera de arcángeles.

¿Qué monstruosa injusticia, qué abominable descuido nos trae así empeñados en la indefensible omisión? Los anales patrios son una biografía de sus grandes hombres, en los que sintéticamente va incluida ya la contribución maternal. Reaccionemos asiduamente contra este bochornoso olvido, evocando siquiera a aquellas memorables damas que acompañaron a nuestros padres en sus luchas por la libertad, sin olvidar a la que dió la vida al último soldado de la República cuya glorificación fué confiada ya al monumento levantado a los héroes sin nombre.

Si meditamos un punto en lo que significó para esas almas femeninas la atroz zozobra de tan negros días; la inquietud incesante por la suerte reservada a quienes desconocía la fortuna; la agonía inacabable ante las rejas de los calabozos; las largas teorías de expatriados o el funeral cortejo de los que recibieron condenación de muerte, nos preguntaremos estupefactos: ¿en dónde está representado aquel padecer silencioso? ¿Qué está simbolizando aquella suma de dolor que precedió al nacimiento de la gentil Colombia? Ibáñez, Posada, Hispano, Lozano, Corrales, Cuervo, nobilísimos historiadores, y unos cuantos más que aquí me callo, están rescatando del olvido muchos nombres gloriosos de aquellas bíblicas mujeres cuya fortaleza y valentía pudiera ilustrar sin mengua las actas de los primitivos mártires. Ya es Manuela Beltrán, que en la insurrección de los comuneros exclama a voz en cuello, en la ciudad del Socorro, cuna de nuestra libertad: *¡Muera el mal Gobierno!* Desgarra ella y pisotea los edictos reales. Hija del pueblo, se sublima aún más que por su belleza singular, por haber sido la primera que dió al futuro la intocable fórmula: «Viva la libertad!»

En su salón congrega la aristocrática dama bogotana, doña Manuela Santamaría de Manrique, antes de 1810, a los patricios rebeldes en quienes ardía el sacro fuego. Eusebia Caicedo, Carmen Gaitán, Josefa Lizarralde, Andrea Ricaute, María Acuña, Joaquina Olaya, Melchora Nieto, Juana Robledo, Gabriela Barriga, Pretonila Lozano, impulsan y apoyan fervorosamente el movimiento

libertador de julio, concitando contra sí prisiones, multas, destierros y vejámenes que sufrieron con ánimo esforzado; y dominando tan lucida corte, destella con luz propia la heroína desconocida de que nos habla Caldas, la que despidiendo a su hijo el 20 de julio, le dijo estas palabras que parecen leídas en Plutarco: «Ve a morir con los hombres, mientras nosotros marchamos adelante; presentemos el pecho ante el cañón y llueva la metralla sobre nosotras, los hombres que nos sigan se salvarán de los primeros golpes, y pasando sobre nuestros cadáveres podrán liberar a la Patria.»

¿Cómo olvidar a las ilustres momposinas doña Micaela, Nicolasa y María Ignacia Gutiérrez de Piñeres; a las cartageneras doña Ana, Juana, Manuela y Rita Amadores, Carmen Angulo, Teresa Asgüe, María de la Paz y Trinidad Gutiérrez de Piñeres, Petronila Germán Ribón, Eusebia del Castillo, Josefa y Francisca Lazo, Luisa Hidalgo, Ana de Pombo, Juana, Teresa, Micaela y Mercedes Martínez, Salvadora Aldo, Carmen Medrano de Matos, Dolores Muñoz, Bibiana Duarte de Núñez, Bárbara Baena de Núñez, María Josefa y Carmen Núñez, María Amador de Pombo, Josefa Pombo de Fierro, Josefa Fernández Silguero de Vallest, Dolores y Teresa Villanuevas, Mercedes y Juana Carazos, que pagaron su patriotismo en el destierro o sucumbieron de hambre en playas inhospitalarias, cuando las balas homicidas no segaron alevemente sus cuellos juveniles?

Fué un día soberbio para Barranquilla, en que pesadas piezas de artillería debían ser movidas a sitio peligroso. Benedicta Vargas, María Josefa Cárdenas, Eulalia Cantillo, Ursula Puentes, Juliana Miranda, María Josefa Gutiérrez y Concepción Martínez, acorren generosas y cumplen la épica faena.

Juana María Blanco—de Guaduas—María Josefa Peña—de Zipaquirá—doña Josefa Acero, doña Francisca Caicedo de Manrique, muy cultas damas de las familias Groot, Vergara, Tobar, Gutiérrez, Pey, Acevedo, Barriga, Herrán y Pardo, marchan confinadas a varias poblaciones.

Mercedes Martínez de Scarpetta, en Cali, Matilde Guevara, en Popayán, son vilmente azotadas, mengua a que fueron sometidas en la ciudad vallecaucana; las nobles señoritas Cabal, doña Gabriela Arroyo, doña María Ignacia Arboleda sufrieron en Popayán durísimas prisiones que compensó con creces el fiero bofetón que le asestó a la mejilla del Gobernador desleal, la enguantada mano de doña Asunción Tenorio.

Y es esta solamente una página áurea en el sagrado texto de nuestras glorias. Ese prolongado martirio, que duró por diez años, fué compartido igualmente por los próceres y por sus compañeras. Claros blasones serían para consagrarlas en el presente y ante las edades venturas, si no reclamase con sin igual justicia, un honor excelso el pequeño grupo de mujeres sin par que escribieron con su

propia sangre la pragmática de nuestro rescate en el código de la liberación. Rosa Zárate de Peña, inicia en Tumaco la corona trágica; síguela en Cúcuta la Abrego que pierde la cabeza al filo de la espada, con la misma invicta gallardía que la virgen Inés sobre la arena del Anfiteatro Flavio. Antonia Santos, la heroína de Charalá, tñe de púrpura el sacro polvo del suelo nativo y el rojo vapor que de allí sube mancha los horizontes con el ostro vívido que en los cielos del trópico precede, a veces, la salida del sol: ¡el padre sol de Boyacá!

Rubí encendido es el nombre de Antonia, que irradia en el florón de esa corona de martirio en que todo fulgor se opaca ante la lumbre adamantina de la Salabarría. En honor suyo se celebra esta fiesta. Se ha pedido al pasado remoto uno de sus augustos ritos para ensalzar como es debido esta figura extraña hecha de fe y de amor. Breve es su historia: cupiese en dos exámetros de la venerable *Antología*. A veces el maltratado disco de una arcaica medalla conmemorativa, ya semiborradas ostenta sólo dos o tres palabras que, en leve cifra, son bastantes a suscitar toda la gloria de un Emperador, las gracias todas de una mujer adorable, y sobre el ultrajado bronce, con unos pocos signos se dilata el pasado glorioso, se perpetúan fugaces modalidades. En el Cementerio de Calixto nos suspende a menudo alguna hendida lápida en la que breves líneas cuentan en latín bárbaro cómo la virgen Potaminos murió degollada un día de julio, imperando Valerio Diocles y... eso es todo, pues sobraría una palabra más!...

Sabemos de Policarpa que era bella; de ánimo entero y clara inteligencia, que alimentó la esperanza de los libertadores y padeció la muerte con valor estupendo al lado de su prometido.

Este perfil sumario atravesará las edades, divino en su relieve, con el prestigio soberano de una numismática inmortal. ¿Quién inspiró a la doncella granadina ese sublime ardimiento, esa soberbia gentileza, ese valor sin languidez, esa altiva serenidad desafiadora de verdugos? ¡La fe tan sólo, la fe ardiente, la fe suprema, la fe invicta!

A través de los siglos hermanase su sacrificio con el de tantas compañeras que padecieron por el amor humano. La mártir de los primeros siglos quiso sellar con su propia sangre la redentora tabla en que escribió el Divino Maestro: «hombres, vosotros todos sois iguales.» semilla portentosa de una perenne renovación social. En el fondo de los dos sacrificios palpita la misma verdad, sólo que la víctima del César o el Precónsul, al sucumbir miraba al cielo, en tanto que nuestra sacrificada buscó más cerca la finalidad de su martirio. «Al salir a la plaza y ver al pueblo agolpado para presenciar el sacrificio, exclamó la heroína: «Pueblo indolente, cuán diversa sería hoy vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad, pero no es tarde! Vedme: aunque mujer y joven me sobra valor para sufrir la muerte, y aun

mil muertes más; no olvidéis este ejemplo.» Párecenos estar leyendo en las Actas de los Bolandistas el sacrificio del viejo Policarpo, en Esmirna. La misma rudeza en sus verdugos; los mismos métodos de crueldad refinada; las mismas tentadoras promesas para quebrantar su voluntad, debilitar su fe y doblegar su conciencia. «¡Qué importa para salvar la vida el decir *Kirios Caesar* y hacer un sacrificio a la mentira!» Contigo vale la pena de discutir—responde el mártir a Statio Quadratus—en cuanto a esas gentes, yo no me dignaré nunca descender para hacerles mi apología.»

Nuestra Policarpa, a su turno, razona, conjura, discute, increpa, zahiere a los tiranos. Insinúasele un acto de retractación que le grangee el favor del Virrey y le asegure la vida.

Muéstrase inflexible como el augusto anciano del Asia Menor, y esa fiera extrahumana, esa actitud heroica, le valen un sitio al lado de aquellas otras justadoras que escribieron en los estadios antiguos la Epopeya del Anfiteatro, de donde surgiría el ennoblecimiento de la mujer y la rehabilitación del esclavo. Policarpa es hermana de la crucificada Blandina, de Felicidad y de Perpetua, la misma que componiéndose en la arena la robusta mata de sus cabellos pisoteados y desordenados por las fieras, para no aparecer afligida, preludia en ese rasgo, *eternamente femenino*, el adorable gesto de pudor con que nuestra testigo se arrodillaría diecinueve siglos después a recibir la muerte. Evocando su fin junto al amado de su corazón que pereció con ella, recuérdase también aquel pasaje de otra que en el camino del suplicio encuentra a un joven que se conmueve con su belleza y tiene para ella una mirada de ternura. Queriendo dejarle un recuerdo, arráncase el albo cendal que le cubre los senos y se lo entrega. ¡Embriagado por esta prenda de amor, el mancebo la sigue y perece con ella!

¡Qué frívolas resultan ante la grandeza intrínseca de la heroína las vanas categorías inventadas por los hombres para velar mañosamente su distanciadador egoísmo! Esta oscura hija del pueblo no brillará en las galerías por la pompa de los encajes que prestigiaron los Boucher, los Fragonard y los Watteau. En la transfiguración de los inmortales no aparecen caducos los atavíos: esplende allí, libre y pura, la desnudez divina de los dioses antiguos. Fe y amor sólo saben realizar estos prodigios.

Hay una escuela en el mundo que pretende hacer mofa del entusiasmo que en las almas sencillas encienden tan extraños modelos. Una sonrisa de desdén pliega los labios de la juventud escéptica ante estas efusiones, asimiladas por ella a ingenuidades de mal gusto. Oh! qué error tan grande! Lo que hay bueno en el mundo lo han hecho los videntes, los generosos, los ingenuos y los inconformes! El que nada cree, nada espera, ante el que no ha sentido la ardiente sed de amor, ni

ha ceñido voluntariamente la corona punzante de los ajenos dolores, es lastimosa ingenuidad sentirse a recibir la muerte para beneficio de ingratos; mas decidme ahora, sin ese impulso generoso, sin esa venda sublime que ciega bellamente ante las bajezas humanas, sería posible reformar, sería posible renovar, sería posible redimir? Donde quiera que dos leños, dijo ya un latino, se crucen sobre el ápice de cualquier eminencia, el ojo triste de los hombres sabrá encontrar allí el signo de sus redenciones.

Libros de reyes, llamaron los antiguos a las historias. *Libros de ciudadanos* hemos venido, hasta ahora, apellidando las nuestras. Oh! madres de Colombia! vuestra hora ha llegado. Sois vosotras la mitad de la Patria; glorificáis el pasado, y en el presente y el futuro sois lo mejor de su esperanza. El concurso que aquí prestáis para la exaltación de la heroína, es la forma gentil—tan digna de vosotras—de recordarnos nuestro culpable olvido. En vosotras libramos, para el porvenir, lo más ardiente de nuestros anhelos, lo más generoso de nuestros esfuerzo, lo más dulce de nuestras ilusiones. Ungid a los recién venidos, sobre el tibio albergue de vuestros regazos, con el óleo sagrado del entusiasmo por la Patria. Inspirad a vuestros pequeños esas eximias virtudes que supieron fortificar, cual médula de león, a los Nariños y Acebedo Gómez, a los Santander y los Padillas; a los Torres y García Roviras, a los Corral y a los Córdobas, a los Rondón y Mazas, a los Caldas y Ricaurtes, a los Girardot y los Caicedos, a los Rosillos y Gutiérrez, a los Torices y Garcías de Toledo, que a precio de su sangre o de su pensamiento o de su brazo separaron sobre la tierra una porción privilegiada donde pudiesen sus descendientes bendecir al Dios bueno y gritar ante el mundo: ¡somos libres por ellos!

Os hemos entregado la arcilla colombiana para que modeléis en ella, con vuestros dedos largos, ágiles y finos, que afrentarían a los de la Dolorosa de Germán Pilon, esa figura excelsa del colombiano futuro, que recoja como en un haz toda la fuerza de los trópicos, unida a la delicadeza de la armoniosa gente latina. Vuestra misión es santa: en vuestras manos está no formar una raza de parias! Creadnos Davides dignos de Donnatella y vivientes Perseos capaces de hombreadse con el de Benvenuto, en la *Plaza de la Señoría*. Teneis en vuestras manos todo el oro de una raza soberbia: aquilatadlo en el crisol. Seguid sacando de su fondo héroes y santos, porque en América no tenemos santos! Colgad delante de vosotras las sacras imágenes de las que os precedieron en la fe de la República; por vuestras venas corre su misma sangre enriquecida con todos los dones de la libertad. *Patria, Fe y Amor*, como en los antiguos Juegos Florales, deben ser el emblema de vuestros empeños. Seguid, seguid tejiendo la túnica inconsutil de nuestra amada Colombia en la

que cada hilo se púrpara con el sacrificio de sus mejores hijos. Las guirnaldas que vosotras maticéis serán las únicas ambicionadas; vuestras hijas representan en ellas las rosas; dejad a nuestros hijos las espinas que sirvan para entretejer la corona de la redención. Pasará un siglo y otro siglo y otro siglo y este acto dadivoso nuestro, que ha convocado aquí la melodiosa concha de Apolo y las frágiles cañas de Pan, en homenaje a la heroí-

na, dilatarán vuestra memoria hasta lo más remoto del venidero. Quédeme a mí por gloria única el haber trazado con un carbón recogido del altar en que arde perennemente el fuego consagrado a la diosa República, estas solas palabras: *Patria, Fides, Amor*. Vosotras soís la Patria, vosotras soís la Fe, todo lo alcanzaréis vosotras, porque soís el Amor!

NOTA.—Este hermoso discurso del Maestro que publica hoy ATHENEA nos fué enviado desde la armoniosa Colombia por nuestro compañero y amigo don Camilo Cruz Santos, quien reside en Bogotá.

Valores literarios

XII

Rómulo Tovar

Nunca tuvimos una vacilación para comentar en nuestros artículos la labor de los escritores nacionales; pero en este caso de Tovar tenemos cierto recelo personal y nos falta seguridad para tratarlo toda vez que su modo de ser nos parece tan indefinido, ya porque no hayamos estado mucho cerca de él, ya porque no le hayamos comprendido bien. Lo cierto es que el recelo existe y pensamos que tal vez vaya nuestro pequeño juicio a alterar las severas líneas de su gesto habitual. Porque Tovar, al parecer, se nos muestra adusto, hirsuto, rebelde. Al verle pensamos en Carlyle que por su enfermedad dió tanta hiel a los hombres y por su corazón dió tanta dulzura al mundo. Sin embargo, nos decide a comentarlo en nuestros valores la importancia que tiene para la cultura intelectual del país la publicación de su último libro: *DE VARIADO SENTIR*.

Así, pues, lo sacrificamos para traerlo a nuestra impresión y tomamos al pensador, que está entre las armoniosas páginas de este librito, sereno y alto.

Tovar aquí no es el hombre de la calle sino el corazón de un intuitivo,

el brote de un intelecto generoso. Se ve aquí su espíritu ejercitarse en el bien y mirar a lo alto en una beatitud suprema de belleza. *Un milagro de Jesús* se llama uno de los más bellos cuentos que tiene el libro y en verdad que hay en él un fino corte espiritual que lo engrandece y revela a su autor como un iluminado.

Es indudable que este retraído y silencioso se ha infiltrado del divino espíritu celeste y es, o puede ser, el ideal de escritor que imaginaran Swedemborg o Emerson.

Ya le vimos en su libro *HÉRCULES Y LOS PASTORES* como un discípulo atento de Platón: hoy lo vemos aún en la divina huella, con más vigor, con más amor, conservando dignamente el aprecio que se le ha tenido entre nosotros y siendo siempre una hermosa enseñanza para la juventud.

Tal vez hemos insistido mucho aquí, sobre *el caso* de Tovar como hombre, sin conocerlo bien; mas, la belleza pura de su obra está fuera de cualquier comentario.

Ahora queremos trascibir este *MILAGRO DE JESÚS* para que tengamos todos una comunión del espíritu. Oid:

Un milagro de Jesús

Esto sucedió en una aldea de las que estaban dulcemente asentadas en las orillas del lago y que durante varias primaveras vivieron del claror deleitable que surgía de las encantadoras parábolas de Jesús, como las doncellas melancólicas que axaltan sus horas límpidas con el aroma de un recuerdo amado.

La historia es ésta: ¿Quién me la ha dicho? Yo no lo sé. Acaso ha venido a mí como una de esas armoniosas emociones que nos invaden el ánimo de una cierta gratitud y que nosotros no sabemos de dónde vienen, no sabemos de dónde viene ese canto que llega hasta nosotros con silencioso paso. Era la hija de un hombre rico, y había muerto y nadie sabía de qué dolencia había muerto. El padre habría dado todas sus inmensas riquezas, su oro, sus heredades, sus ganados, sus esclavos por comprar la vida de su hija. Pero la muerte no conoce el precio de las cosas humanas. Cuando ella pone la hoz en el pie de la espiga, ni las lágrimas de una madre ablandan su corazón. Es un déspota que se complace en ejecutar su fallo.

Tendida sobre el lecho albo, la virgen parece dormir un bello sueño: es su blancura como la de los lirios del gran Rey, la serenidad de su semblante como la luz de la luna y viéndola inmóvil en el seno de la muerte, se pensaba en el reposo de una columna de mármol, en las columnas de mármol del templo en la hora sagrada en que el silencio de éste se diría extasiado en el canto de una oración.



Rómulo Tovar

Todos están desesperados alrededor del cadáver de la niña. Su padre como Job, hace temblar los cielos con las imprecaciones de su enloquecida boca. La madre se rasga los vestidos y se arranca la carne con el filo de las uñas: flotan en la tempestad de la estancia, como una bandada de palomas que se alejan medrosas con vuelo suave, los sollozos de las vírgenes que festejaron la vida en compañía de la doncella muerta y fueron en las tardes primaverales, brillantes y floridas como los versos de los salmos, cerca de los pozos sagrados para comunicarse en divino y discreto lenguaje sus blancas alegrías y sus rientes anhelos.

Fuera, el pueblo participaba en el duelo del hombre rico, porque él era a su vez, justo y bueno como los viejos padres bíblicos.

En un ángulo de la estancia, casi olvidada, una esclava adolescente y ciega oía sin comprender o comprendiendo demasiado. Solamente ella no lloraba, pero muda en su pena y serena en su meditación, se diría como el símbolo de una noche profunda.

¿En qué pensaba la adolescente esclava? Como una vaga claridad en el espeso seno de la sombra, la ciega veía en aquel momento con unos ojos que no sabía si eran los propios, la figura delicada de aquel hombre a quien solamente conocía por sus consoladoras palabras y por los hechos bondadosos que de él vulgarizaba la voz entusiasta y ferviente del pueblo. El era el que resucitaba a los muertos, levantó de su lecho al paralítico de Capernaum y con su propia saliva había devuelto la luz a los ojos de un ciego como ella. Pero no eran estas cosas mejores que sus parábolas infantiles, que esos cantos salidos de su corazón como una amorosa fragancia celestial.

¡Ah! Si al menos El estuviese cerca y lo quisiera, con sólo mirar a la doncella, ésta recobraría la vida.

Y cuántas veces ella misma se había hecho conducir a la sinagoga o al campo para aproximarse a El, para suplicarle que le devolviera el poder de contemplar su mundo o para limpiar sus ojos con un hilo tan sólo de su túnica de profeta.

Pero con ella El parecía indiferente, como si no mereciese ser el objeto de su piedad.

Sin embargo, ahora renunciaba a ver las cosas que estaban fuera de ella, renunciaba para siempre a ese atormentador anhelo con tal de que El resucitara a la doncella, y hacía esta silenciosa oración:

Señor: Antes te pedía que le dieras luz a mis ojos. Ahora ya no quiero esa luz, la deseo toda para que ella viva. Era, Señor, mi verdadera luz; me llevaba de la mano al jardín siendo yo su esclava: velaba por mis pe-

ligros, satisfacía mis deseos y con armoniosas palabras me hacía ver mejor muchas cosas, que como deben verse con los propios ojos. Y no es por mí, sino por todos; porque no era orgullosa, sino antes bien pródiga en amor para con los tristes, los humildes, los enfermos. Con sus trajes ricos vestía a los desnudos, con el pan de los banquetes de su padre alimentaba a los hambrientos. Yéndose ella se oscurece mi alma. Que sea yo ciega para siempre, pero que ella viva para los que necesitan de la luz de su corazón.

Y como si despertase de un sueño, de pronto preguntó en palabras que rebalsaban consoladora ternura:—¿Quién ha entrado? Y como ninguno respondiese a su reclamo, aún preguntó con impaciencia:—¿Quién ha entrado? Algunas personas que le oyeron dijeronla para tranquilizarla:—¡Nadie ha entrado!

Entonces ella dijo con un maravilloso acento:—Alguien está aquí con nosotros y ha vertido como un vaso de perfume en el salón.

Y lo que dijo la esclava ciega era de tal modo extraordinario, que casi todos se volvieron hacia ella y se preguntaban si no estaría loca la joven.

Ninguna persona había entrado en la estancia. Los que veían las cosas externas estaban seguros de ello. Sin embargo sintieron miedo: callaron como si estuviesen en el templo. Fué un momento fugaz. Un aroma como de primavera pendía de los corazones y nadie sabía de dónde podía venir aquella onda perfumada.

Entonces los ojos humanos vieron algo maravilloso: la doncella muerta, sin que nadie pronunciase una palabra de conjuro ni sobre ella pusiese bienhechora mano, se irguió sobre su lecho, sorprendida e inocente y era tan fina y tan blanca como una claridad indecisa, como una amorosa palabra de los cantares, como el juicio de un niño.

Con movimiento imperceptible volvióse hacia la puerta que daba al campo y sonrió como si alguien le hubiese puesto un beso en la frente.

Regresaba alegre y dichosa y agradecida del seno de la muerte.

¡Milagro! gritaron muchas voces de mujeres: algunas reían de contento y otros lloraban sin explicar su emoción.

Jesús venía del monte, de la intimidad de su padre, lleno de su virtud. Entraba en la aldea, llamado acaso por un corazón sediento de su palabra. Y cuando entraba en ella, pasó frente a la casa del hombre rico y oyendo que de allí salían desesperados gritos y llantos, se detuvo ante ella como entristecido, como extasiado, en aquella actitud en que tantas veces le sorprendieron sus discípulos, creyendo que el maestro conversaba con los antiguos profetas o se confundía su alma grande con el alma de las cosas. Luego, volviéndose hacia el más próximo a él, preguntó como sorprendido de sí mismo:—¿Quién está a mi lado? Siento que sale virtud de mí. El discípulo le repuso:—Maestro, ¿no ves? Nadie está cerca de nosotros. Tus discípulos son los únicos que te rodean.

Jesús se alejó hacia la aldea como la sombra borrosa de una melodía y

cuando los que estaban fuera le vieran subir por el camino, alguien preguntó:—¿Quién es El, que parece un profeta? Todos murmuraban conjeturando y nadie le conocía. Un niño que jugaba con la tierra, indiferente a la pena común, tornó también curioso hacia el grupo que se iba borrando en la perspectiva de la estrecha senda y advirtió con cierta arrogancia, como si todos fuésen esclavos de su palabra:—Es el hombre que acaricia a los niños y hace milagros.

Y parecía la voz del niño como un canto que el silencio sereno de la noche pensativa y riente pulsara en la lira brillante y lujosa del firmamento.

Del interior de la casa venía como un rumor, un rumor sonoro como el despertar de un bosque en cuyas entrañas se hubiese entrado furtivamente un rayo de sol.

—
¿No os parece que en estas páginas bíblicas del cuento de Tovar hay algo de angélico que fluye?

Eugenio de Triana

Enero de 1918.

(Continuará)

Se declara desierto el Concurso

No respondió el empeño de los concursantes a los anhelos del Ateneo de Costa Rica pues los trabajos recibidos no recibieron la acogida del Jurado Calificador. Este Jurado ha querido por primera vez en Costa Rica, justificar el valor de los Concursos que ya habían sido un pasatiempo sin importancia y en los que se premiaron a veces trabajos de ninguna significación. Lo compusieron tres nombres que indudablemente son un estímulo para los intelectuales y una clara seguridad para el Ateneo: don Ricardo Fernández Guardia, don Fabio Baudrit y don José María Alfaro Cooper.

Se propone ahora el Ateneo de Costa Rica promover un gran Certamen Centroamericano para el 15 de setiembre de este año y al efecto se están preparando las bases porque haya de regirse. Oportunamente publicará ATHENEA los detalles relativos a este gran Certamen Literario que indudablemente despertará el interés de todos los intelectuales.

Consejo

Especial para "Athenea"

Nunca dejes posarse en el armiño
de tu fama honorable una sospecha,
que el resto de la vida se desecha
por el aura de afectos y cariño.

Se planta y se cultiva desde niño
la senda que al sepulcro va derecha,
y nos vemos al fin de la cosecha
entre abrojos y zarza en desaliño.

Pero flota en el campo de la vida
aura sublime del amor profundo,
que a la sombra del bien va siempre unida.

Y quien logra pasar por este mundo
llevando de bondades un tesoro,
riega la senda con arenas de oro.

Anastasio Alfaro

Bibliografía

Larmig (1).—«Las Mujeres del Evangelio». — Im-
prenta Nacional.—San José de Costa Rica.—1917

Anunciada esta publicación, hace más de seis meses, recuerdo haber leído en la revista «Eos» un precioso artículo titulado «Edición de beneficencia», con firma «Healthy» (sano), y bien lo parece de «mente» y de «cuerpo» (2)... Allí pregunta el sabio anunciador: ¿«Quién fué «Larmig»? (Lágrima). Y parece llorar desgracias del poeta, «brillante meteoro que—en su rápida trayectoria—iluminó el espacio y se hundió en el abismo».

Cítanse luego versos de cada uno de los siete poemas evangélicos, y se insiste en algunos de maravillosa poesía. «Pero los de «La Mujer adúltera» —dice—son terribles y solemnes; su entonación sube hasta el diapasón

(1)—Larmig es seudónimo de un poeta poco conocido en América y cuya obra alcanzó en España, su patria, alta celebridad.

(2)—Alude, sin duda, a la célebre frase de Juvenal: *mens sana in corpore sano*.

apocalíptico; y lo mismo cuando el poeta describe, que cuando habla Jesús, los conceptos tienen la severidad y el rigor de la justicia, sin que asome en parte alguna un destello de misericordia. Leído una vez este poema, queda para siempre recuerdo dentro del alma como el eco de una lejana tempestad».

Por esos y otros muchos versos de «Larmig», puede, acaso, penetrar el atento lector al fondo de las cosas, y hacerse con el alma del gran poeta y sus desventuras: siendo por tal camino justo estimador de la obra literaria y verdadero crítico de su artista. Pero además de los méritos reconocidos en la genial versificación de «Larmig» hay que fijarse en la diáfana claridad de frases y palabras, que fácilmente deja ver el fondo cantado y a quien lo canta, en su profundo interior.

*
* *

El «pequeño poema» (3)—primera de las siete maravillas de este libro—, titulado «María», desde luego nos hace ver al poeta brillante, y después, más hondo, al hombre por entero, cristiano católico y de alma entristecida. Ambas ideas o sentimientos personales flotan por todas sus 33 octavas rimas y éstas parecen, aunque propias, eco repetido de místicas estrofas castellanas.

¡Qué diferencia, señores míos, si leyeren, podrán notar todos entre la clásica serenidad de un arte al par cristiano y griego, y el menguado artificio de algunas cigarras modernistas! Breve la invocación—proporcionada con el todo—, ya dice claramente quién es tan celebrado poeta: «¡Qué invencible poder tendrá mi lira,—Si la madre de Dios mi canto inspira!»

Y puesto que la poesía es hija del genio y la memoria, recuerda nuestro autor glorias patrias: «Pulsó León la cítara armoniosa.—Inspirado por tí, trazó Murillo»... y lo demás que todos admiramos. También es de maravillar cómo en toda esta pieza musical domina el tema obligado de alta devoción y honda amargura. Es «Larmig», devoto de María Santísima y atormentado de íntimos dolores... Repite su plegaria, terminando así dos estrofas: «Y no te olvides del que gime triste—En este valle donde tú gemiste»... «No desampares al que gime triste—En este valle donde tú gemiste».

*
* *

Muy notable contraste ofrece la segunda composición, cantando a «Magdalena»—hermoso reflejo de naturaleza y sociedad ambientes—, ya como pecadora, ya como arrepentida y abrasada en amor del Cristo y sus enseñanzas. «Larmig» debe haber estado en Tierra Santa, según la describe, y muy de cerca vistose con beldades mundanas en cualquiera parte, según habla de aquella Mujer del Evangelio. Y esto hace ver a sus lectores otro aspecto del hombre y sus estados de alma... Las libres silvas de este canto le permiten muy ricos modos de pintar las seductoras formas personales de una mujer desnuda a fuerza de vestidos proporcionados al efecto.

Apenas entiendo yo de estas mundalidades; pero según las trata el autor, parece conocerlas perfectamente; y cuanto al paisaje, si no lo vió, sabe describirlo en armoniosos versos, como en prosa poética lo hicieron muchos escrito-

(3)—Esta denominación poética fué censurada en don Ramón de Campoamor, pero éste la defendió y ha quedado admitida en buen castellano a pesar de ser traducida del francés *PETIT POÈME*, que no es lo mismo en su sentido, que «POEMITA».

res célebres (4)... Y de repente brotan quintillas como éstas: «El pobre albergue de Belén dichoso—Ved, y de Jericó la flor temprana;—Sigue la soñolienta caravana,—Que el desierto arenoso—Cruzando va con paso perezoso»... Y, entre aquellas mujeres, dice de «Magdalena»: «Y entre todas descuella,—Como en florido edén rosa encendida,—Magdalena, la bella,—De mirada atrevida,—De turbulenta y desastrosa vida». Supongo que este par de citas despertará deseos de ver el vestido de quien estaba entonces «para tafetanes»...

*
* *

«La Samaritana» es una escena cantable: solos de la Moza de cántaro y coro de las Mujeres que la escuchan maravilladas. La dicha moza, o mujer de hombres que había gastado cinco maridos, era una viuda alegre y vivía con uno que no lo era... Todo se lo había declarado el Hombre Divino, junto al Pozo de Jacob. ¡Soberana entrevista donde se distinguen aguas de aguas, las que vuelven a dar sed y las de vida que la satisfacen para siempre! Nada más dramático que la conversación ésa sobre la alegría humana y la divina seriedad de lo eterno. En ligeros versos se cuenta... Todas concluyen: «De Cristo la venida—Gozosas celebremos;—Corónese de soles—El monte de Sión!—El arpa abandonada—Del sauce descolguemos,—El arpa que pulsaron—David y Salomón» (5).

Sigue «La Mujer adúltera», grave poema de que ya se habló, y sólo he de advertir sobre lo dicho antes, que sí hubo perdón y divina misericordia. Contra el fariseo que dice a Jesús: «Si eres hijo de Dios, ¿cómo te arredra—Lo que el Gran Moisés dejó ordenado?—Cúmplase, dice Cristo, lo mandado,—Pero que arroje la primera piedra—El que esté sin pecado».

De todos modos, siempre se opone al rigor humano la divina misericordia; y respecto al fin trágico de «Larmig», surge un problema social: ¿por qué sólo es pecado en el hombre lo que en la mujer es un crimen? Y además, ¿se mató el poeta por engañado? ¿o por no matar a quien lo engañó? (6)... Basta de esa Mujer y veamos la niña que «no está muerta, sino que duerme» (Palabras de Jesús).

*
* *

«La hija de Jairo» se opone con arte de verdad a lo que acaba de cantarse. Su metro es, técnicamente, el mismo de «La Samaritana», pero nada más distinto en el fondo y sentido general... «Jesús cual recatando—Su esencia omnipotente,—Así dice a la gente—Que mira en derredor:—Tan sólo está dormida—La que juzgasteis muerta,—Y la veréis despierta—Al eco de mi voz»... Antes se había contado la preparación del entierro, la pena del rico Jairo y su fe buscando al Salvador, así como después canta la niña resucitada su dulce sueño y volar a través de mundos inmortales.

Bien quisiera detenerme aquí con «Marta» un momento, mientras pasan

(4)—Entre otros: Chateaubriand: DE PARÍS A JERUSALÉN. Lamartine: VIAJE A ORIENTE: Presb^o Dr. J. Guillermo Schaffers, quien estuvo en Costa Rica: POR TIERRA Y MARES, y Loti y Gómez Carrillo y tantos!

(5)—Sabidas son las arpas colgadas en el sauce cuando la cautividad del pueblo hebreo en Babilonia.

(6)—Se ha sabido que Larmig se suicidó por motivos de familia,

apocalíptico; y lo mismo cuando el poeta describe, que cuando habla Jesús, los conceptos tienen la severidad y el rigor de la justicia, sin que asome en parte alguna un destello de misericordia. Leído una vez este poema, queda para siempre recuerdo dentro del alma como el eco de una lejana tempestad».

Por esos y otros muchos versos de «Larmig», puede, acaso, penetrar el atento lector al fondo de las cosas, y hacerse con el alma del gran poeta y sus desventuras: siendo por tal camino justo estimador de la obra literaria y verdadero crítico de su artista. Pero además de los méritos reconocidos en la genial versificación de «Larmig» hay que fijarse en la diáfana claridad de frases y palabras, que fácilmente deja ver el fondo cantado y a quien lo canta, en su profundo interior.

*
* *

El «pequeño poema» (3)—primera de las siete maravillas de este libro—, titulado «María», desde luego nos hace ver al poeta brillante, y después, más hondo, al hombre por entero, cristiano católico y de alma entristecida. Ambas ideas o sentimientos personales flotan por todas sus 33 octavas rimas y éstas parecen, aunque propias, eco repetido de místicas estrofas castellanas.

¡Qué diferencia, señores míos, si leyeren, podrán notar todos entre la clásica serenidad de un arte al par cristiano y griego, y el menguado artificio de algunas cigarras modernistas! Breve la invocación—proporcionada con el todo—, ya dice claramente quién es tan celebrado poeta: «¡Qué invencible poder tendrá mi lira,—Si la madre de Dios mi canto inspira!»

Y puesto que la poesía es hija del genio y la memoria, recuerda nuestro autor glorias patrias: «Pulsó León la cítara armoniosa.—Inspirado por tí, trazó Murillo»... y lo demás que todos admiramos. También es de maravillar cómo en toda esta pieza musical domina el tema obligado de alta devoción y honda amargura. Es «Larmig», devoto de María Santísima y atormentado de íntimos dolores... Repite su plegaria, terminando así dos estrofas: «Y no te olvides del que gime triste—En este valle donde tú gemiste»... «No desampares al que gime triste—En este valle donde tú gemiste».

*
* *

Muy notable contraste ofrece la segunda composición, cantando a «Magdalena»—hermoso reflejo de naturaleza y sociedad ambientes—, ya como pecadora, ya como arrepentida y abrasada en amor del Cristo y sus enseñanzas. «Larmig» debe haber estado en Tierra Santa, según la describe, y muy de cerca vistose con beldades mundanas en cualquiera parte, según habla de aquella Mujer del Evangelio. Y esto hace ver a sus lectores otro aspecto del hombre y sus estados de alma... Las libres silvas de este canto le permiten muy ricos modos de pintar las seductoras formas personales de una mujer desnuda a fuerza de vestidos proporcionados al efecto.

Apenas entiendo yo de estas mundalidades; pero según las trata el autor, parece conocerlas perfectamente; y cuanto al paisaje, si no lo vió, sabe describirlo en armoniosos versos, como en prosa poética lo hicieron muchos escrito-

(3)—Esta denominación poética fué censurada en don Ramón de Campoamor, pero éste la defendió y ha quedado admitida en buen castellano a pesar de ser traducida del francés *PRETIT POËME*, que no es lo mismo en su sentido, que «POEMITA».

res célebres (4)... Y de repente brotan quintillas como éstas: «El pobre albergue de Belén dichoso—Ved, y de Jericó la flor temprana;—Sigue la soñolienta caravana,—Que el desierto arenoso—Cruzando va con paso perezoso»... Y, entre aquellas mujeres, dice de «Magdalena»: «Y entre todas descuella,—Como en florido edén rosa encendida,—Magdalena, la bella,—De mirada atrevida,—De turbulenta y desastrosa vida». Supongo que este par de citas despertará deseos de ver el vestido de quien estaba entonces «para tafetanes»...

* * *

«La Samaritana» es una escena cantable: solos de la Moza de cántaro y coro de las Mujeres que la escuchan maravilladas. La dicha moza, o mujer de hombres que había gastado cinco maridos, era una viuda alegre y vivía con uno que no lo era... Todo se lo había declarado el Hombre Divino, junto al Pozo de Jacob. ¡Soberana entrevista donde se distinguen aguas de aguas, las que vuelven a dar sed y las de vida que la satisfacen para siempre! Nada más dramático que la conversación ésa sobre la alegría humana y la divina seriedad de lo eterno. En ligeros versos se cuenta... Todas concluyen: «De Cristo la venida—Gozosas celebremos;—Corónese de soles—El monte de Sión!—El arpa abandonada—Del sauce descolguemos,—El arpa que pulsaron—David y Salomón» (5).

Sigue «La Mujer adúltera», grave poema de que ya se habló, y sólo he de advertir sobre lo dicho antes, que sí hubo perdón y divina misericordia. Contra el fariseo que dice a Jesús: «Si eres hijo de Dios, ¿cómo te arredra—Lo que el Gran Moisés dejó ordenado?—Cúmplase, dice Cristo, lo mandado,—Pero que arroje la primera piedra—El que esté sin pecado».

De todos modos, siempre se opone al rigor humano la divina misericordia; y respecto al fin trágico de «Larmig», surge un problema social: ¿por qué sólo es pecado en el hombre lo que en la mujer es un crimen? Y además, ¿se mató el poeta por engañado? ¿o por no matar a quien lo engañó? (6)... Basta de esa Mujer y veamos la niña que «no está muerta, sino que duerme» (Palabras de Jesús).

* * *

«La hija de Jairo» se opone con arte de verdad a lo que acaba de cantarse. Su metro es, técnicamente, el mismo de «La Samaritana», pero nada más distinto en el fondo y sentido general... «Jesús cual recatando—Su esencia omnipotente,—Así dice a la gente—Que mira en derredor:—Tan sólo está dormida—La que juzgasteis muerta,—Y la veréis despierta—Al eco de mi voz»... Antes se había contado la preparación del entierro, la pena del rico Jairo y su fe buscando al Salvador, así como después canta la niña resucitada su dulce sueño y volar a través de mundos inmortales.

Bien quisiera detenerme aquí con «Marta» un momento, mientras pasan

(4)—Entre otros: Chateaubriand: DE PARÍS A JERUSALÉN. Lamartine: VIAJE A ORIENTE: Presb^o Dr. J. Guillermo Schaffers, quien estuvo en Costa Rica: POR TIERRA Y MARES, y Loti y Gómez Carrillo y tantos!

(5)—Sabidas son las arpas colgadas en el sauce cuando la cautividad del pueblo hebreo en Babilonia.

(6)—Se ha sabido que Larmig se suicidó por motivos de familia,

rápidos los 30 serventesios de tan luminosa Poesía, donde noto reminiscencias como ésta: «Así los ríos en veloz carrera—Sus linfas llevan a la mar en vano,—Sin poder endulzar una siquiera—De las olas del pérfido océano»... Trata nuestro «Larmig» de la vida y sus amarguras, y eso caracteriza su original imitación de Rioja: «Como los ríos que en veloz corrida—Se llevan a la mar, tal soy llevada—Al último suspiro de «mi vida»... Pero no insisto; sólo conviene recordar que Jesús dijo en Betania, «¡Lázaro, sal afuera!»!, y al paralítico en Cafarnún, «¡Levántate y anda!»—Es de lamentarse un «qui pro quo» tan frecuente ¡por falta de Biblia! (7)

*
* *

Por fin, creo que «Berenice» anuncia el valeroso amor al prójimo, que hoy personifican las «Hermanas de Caridad». Ciertamente que la suntuosa Berenice no figura en ninguno de los Evangelios. Mas el Padre Didon—en su famosa obra «Jesucristo», Lib. V, Cap. 11—dice: «Debe nombrarse aquí una mujer, aunque los Evangelios no hayan hablado de ella; pero la familia cristiana presta culto a su memoria: es la Verónica». La cual también figura en una de las Estaciones del «Viacrucis», o camino doloroso... Llámese como quiera, esa gran Mujer ofrece a nuestro poeta motivo para uno de sus mejores cantos evangélicos. La fervorosa caridad y el valor de hombre fuerte en las mujeres despreciadoras del peligro por Dios y la patria, son digno asunto de este gran poemita con que «Larmig» completa el pequeño libro que ha de inmortalizarlo.

Respecto a esta edición que tengo a la vista, son de notarse varios errores, y hasta falta de algún verso caído, si no son dos; pero no me tocan, ahora, correcciones: «non ego paucis offendar maculis»—que decía un viejo crítico (8). Esta «bibliografía» solamente se publica para recomendar una lectura donde me parece sabiamente mezclado «lo útil a lo grato», que también dijo el otro... poeta y crítico perpetuo, siempre nuevo y moderno, y hasta modernista de juicio, en su tiempo; que no de los que, hoy en día, andan ya perdidos de la cabeza.

(15-1-18)

Val. f. ferraz

(7)—Suponemos que se refiere a la frecuente confusión que se hace entre la resurrección de Lázaro y la curación del paralítico.

(8)—Véase Arte Poética de Horacio.

(NOTAS DE LA REDACCIÓN)

El Licenciado don Ernesto Martín

Venido hace poco de Francia este fino cultor de la lengua, prepara nuevamente su viaje de regreso a la heroica nación inmortal. El señor Martín ha venido, pues, a dar un abrazo a su familia y a sus amigos, a bañarse un momento las pupilas en el aire nativo y vuelve a París, donde está su oficina de Cónsul y Abogado de la Legación de Costa Rica.

ATHENEA querría dedicar sus páginas al ilustre escritor que ha llegado, pero se ve obligada ahora a una simple nota. Sirva nuestro deseo para hacerlo luego y mientras, crea el buen amigo que nosotros nos complacemos verdaderamente en saludarlo.

Sección de Medallones



Señorita Enriqueta Chavarria

Lectura curiosa

Experimentalmente conocemos la recepción que tienen estas revistas, sobre todo cuando en ellas sólo se ve literatura, la cual casi nunca logra adquirirse impecable en su totalidad; a fin de que nuestros lectores tengan la mayor variedad de lectura posible y puedan de cierto modo conseguir distracciones amenas, abrimos desde hoy esta sección donde iremos insertando cuanto dato, anécdota, etcétera, vayamos encontrando en nuestra peregrinación artística.

Como se enterarán por el nombre que lo suscribe, este Departamento, llamémosle así, queda a cargo de don Manuel del Arco, viejo de barbas cenicientas, cuyos ojos siempre dispuestos a la investigación profunda, tienen ese aspecto medioeval que hizo santiguarse a más de un incrédulo de los pasados tiempos. Dejémosle escribir sus cosas, ya que viene con fines nada alevosos; pero, diréis vosotros, ¿y si,—como nos lo advirtió él,—en sus renglones hace alusión a hallazgos hechos en nosotros mismos, debemos acatarlo?

Sí; ante todo, la imparcialidad.

* * *

Decir que Balzac es el autor de la célebre novela «piel de Zapa» o que es famoso por sus aventuras de hombre feo, sería repetir lo que casi todo el mundo sabe; pero si nos refiriésemos a sus pasiones admirativas cuando veía o conocía a alguno de sus contemporáneos, sería a no dudarlo poner a muchos de nuestros lectores al tanto de minuciosidades que hacen sonreír. Balzac, como se enterarán, llegaba a entusiasmarse con facilidad: conoció a Napoleón y como conoció a Napoleón tuvo su culto napoleónico, lo que no es raro, según lo consignado anteriormente; pero fué tan ardiente que en su casa,—calle de Cassini,—levantó un diminuto altar con una estatua de aquel guerrero y una inscripción que así decía: «Lo que él ha comenzado con la espada, lo terminaré yo con la pluma». Y nada más.

* * *

Hay gestos en los antiguos verdaderamente trágicos cuya emulación es imposible en las siguientes generaciones, tal su forma, tal su origen, tal su personalidad; de estos hay ejemplos aterradores y, para convencimiento recordemos la muerte del célebre idealista Zenón de Elea, amigo y discípulo de Parménides: famoso por su patriotismo, por su desinterés en cuanto se trataba de salvar su tierra, perdió la vida culpable de cierta conspiración contra un tirano y a éste, finalmente, sin ningún temor; como lo ataran de pies y manos, el inexorable idealista, reprochando a la cortesanía, se cortó la lengua con los dientes y la escupió a la faz del terrible jefe.

* * *

¿Que es la jactancia? La mejor definición la refieren las historias: Apries, rey de Egipto y sucesor de Psammis, fué dichoso en principiando su gobierno; conquistó la isla de Chipre, se apoderó de Sidón, luego sometió a la Fenicia y

a la Palestina. Esto, como es fácil deducirlo, es motivo suficiente para enaltecer a cualquier hombre, y si se alimenta de vanidades, para llevarlo a la locura. Orgullosa, pues, nuestro rey de sus triunfos, se jactaba de ser más potente que los dioses y solía decir con la mayor de las frecuencias: «El Nilo me pertenece; yo soy quien lo ha hecho . . . »

* * *

Como no disponemos de campo suficiente, dejamos anotaciones científicas para los próximos números; rogamos a los que nos lean no fastidiarse porque . . . ¡entonces sí que sería dato curioso!

Y hasta la vista!

Manuel del Arco

“Eos” contra “Athenea”

El cuaderno de EOS correspondiente a febrero trae un virulento artículo anónimo disparado contra el escritor don Roberto Brenes Mesén y contra los redactores de ATHENEAE por haber acogido en su número pasado un soneto suyo. Llegado a nosotros cuando ya está en prensa nuestra revista, nos limitamos a una nota, no sin antes manifestar que es oficiosa y sañuda la crítica que se hace. El hermoso soneto de Brenes Mesén sigue siendo y será siempre *un sorbo de belleza pura*, pese a los mal intencionados. PASTORALES y JACINTOS, su libro, ha merecido el comentario más entusiasta en el exterior. Nuestro amigo don Moisés Vincenzi nos ha facilitado varias cartas en que se acusa recibo de la obra del poeta Brenes Mesén, y de entre ellas copiamos la siguiente, del ilustre publicista cubano Dr. don José María Chacón y Calvo.—Dice así: Dic. 30 1917.

Señor don Roberto Brenes Mesén.

EL CONVIVIO, S. J. Costa Rica.

Muy señor mío:

He leído sus versos en los días de Pascua. Sus claros, sus luminosos versos tienen el ambiente de estos días; por eso la lectura de PASTORALES y JACINTOS ha sido de radiante deleite para mí.—Dan sus poesías la sensación de la mañana, del agua clara, de la mística fuente, de un jardín sin artificio, de una primavera de corazón.—Mucho agradeceré a Ud. no me olvide en sus futuros libros. Algún día razonaré mis impresiones. Hoy acéptelas Ud. así, en desorden y alborozo.

Soy su muy devoto,—JOSÉ M. CHACÓN Y CALVO.

Esos conceptos emitidos por tan alta personalidad literaria, nos evita contestar al escribidor de EOS. Por otra parte, nuestro talentoso compañero don Rafael Cardona alista un formidable trabajo en ese sentido y creemos que será un acontecimiento. LA MUSA RECONDITA se llama el genial escrito de nuestro compañero, y se prueba en él cómo en Costa Rica se proponen desconocer los verdaderos valores por acoger las formas antiguas y los prejuicios clásicos.

ATHENEAE mira serenamente el ataque que se le hace, y se muestra bien satisfecha de estar haciendo en el país una labor de regeneración y de verdadero mérito literario. No lo decimos nosotros, lo dicen las múltiples correspondencias que tenemos de Latinoamérica.

Notas

Nueva sección

En una nota anterior habíamos prometido comenzar la sección de Medallones con la fotografía de la distinguida señorita Elenita Alvarez, pero aun no hemos conseguido el fotograbado. Publicamos entonces el de la bellísima señorita Anita Peralta y sucesivamente procuraremos seguir dando a nuestros lectores la sutil y amable sorpresa de hallar entre las páginas de ATHENEAE la gracia femenil de una sonrisa. Hoy se complace ATHENEAE en hacerlo con la señorita Enriqueta Chavarría que llena con su gracia nuestra revista.

Athenea agradece

ATHENEAE agradece al importante diario brasileiro *A Orden* la traducción que hace del soneto de nuestro compañero don Rogelio Sotela en el número correspondiente al 5 de diciembre y saluda muy cordialmente al distinguido poeta Augusto de Azevedo que con tanto acierto ennobleció las estrofas de nuestro amigo.

"A nuestros lectores"

Llamamos la atención sobre el artículo publicado en este número titulado así, porque de ello dependerá tal vez que nuestra revista pueda tener vida. Señalamos el grave mal que nos corroe y damos la voz de alerta para que se conjure el peligro y se logre mantener un órgano de la cultura costarricense. Ya dijimos en la pasada edición cuánto anhelo hay en nosotros por hacer una verdadera revista, por difundir la obra nacional tan grande, tan alta y tan ignorada por todos. Pero es preciso para eso que tengamos un gran deseo de luchar por la cultura del país y que ayudemos de cualquier manera para que prospere la ocasión que nos ofrece ATHENEAE.

Athenea en el exterior

Nos complacemos verdaderamente al dar cuenta de la acogida que ha tenido nuestra revista en las naciones donde ha ido. Hemos recibido gran número de cartas, ya del Sur, ya del Norte, ya del Centro de este nuevo Mundo atento y entusiasta a todo movimiento cultural. En los canjes que tenemos en la mesa de redacción vemos reproducciones de lo nuestro: en Colombia uno, en Guatemala otro, en Ecuador Cardona, en Nicaragua Hazera y de todas partes el comentario halagador para nuestro trabajo. Del Brasil nos hablan con cariño del artículo publicado en el segundo número, *La República del Sur* del Licenciado Alvarado Quirós y el distinguido poeta brasileiro Augusto de Azevedo hace elogios de nuestra publicación y nos ofrece difundir nuestra literatura en su armoniosa patria; de Centro América tenemos el comentario de un artículo del Licenciado Sáenz Cordero sobre cuestiones internacionales, y de la hermana tierra nicaragüense como de la ilustre nación Uruguaya, hemos tenido el placer de recibir varias cartas en las que se agradece a Costa Rica el gesto de civismo que tuvo haciendo el homenaje en nuestra revista a esos grandes impulsores de la literatura: José Enrique Rodó y Rubén Darío.

ATHENEAE se siente bien complacido del eco que ha llegado y espera hacerse más digna cada día del valor que ha conseguido. Nosotros haremos un compendio de todas esas publicaciones y daremos a conocer en la revista, a su turno, las notas de resonancia que ha alcanzado en América.

*
*
*

ATHENEAE está de venta en las librerías al precio de veinticinco céntimos el número.